

17. LA TEMPLANZA: ALQUIMIA CELESTIAL

Cada brizna de hierba tiene su Ángel que se inclina sobre ella y le susurra: «crece, crece».

Talmud

El decimocuarto Arcano, un ángel con el cabello azul que lleva una flor roja en la frente, vierte el líquido de una jarra azul hacia una roja (fig. 61). El tema de esta carta conecta la templanza con Acuario, el portador de agua, el undécimo signo del Zodíaco. Acuario rige la circulación de la sangre y se relaciona con la circulación de las ideas. Tradicionalmente simboliza la disolución de las costumbres antiguas y la pérdida de lazos rígidos que anuncia una liberación del mundo de los fenómenos.

Acuario se representa generalmente con una sola jarra. Paul Huson, en su libro *El Álbum del Diablo* hace algunos comentarios interesantes sobre los dos recipientes mostrados aquí, nos recuerda que, en el Zodíaco egipcio de Dendera, Acuario se identificaba con Hapi, el dios del Nilo cuyas aguas eran la fuente de la vida tanto para la agricultura como para la espiritualidad. Como su contrapartida egipcia, el Ángel de la Templanza muestra dos aspectos o esencias opuestas que producen energía dispensadora de vida. Huson también señala que una idea similar fue expuesta en el siglo II por el gnóstico Marcos, quien celebraba la eucaristía con dos cálices en vez de uno. Dice así: «Vertiendo el contenido de uno en otro, mezcla el agua y el vino, comparando en este esquema el agua con Sofía (la sabiduría divina) que, caída al suelo, se trenza en los oscuros espacios vacíos, y el vino con el espíritu de Cristo Salvador».¹

El Ángel de la Templanza es una figura crucial en la secuencia del Tarot, inspirando muchas de las acciones que sucederán a continuación. Podemos pensar gran cantidad de opuestos en las parejas representadas por el rojo y el azul que se entremezclan simbolizando, por ejemplo, el espíritu y la carne, lo masculino y lo femenino, yang y yin, el consciente y el inconsciente, o bien lo que esta interacción simboliza: las bodas entre Cristo y Sofía, la unión del fuego y el agua. El agua que fluye entre estas dos jarras no es ni roja ni azul, sino de un blanco puro, sugiriéndonos la representación de la esencia pura, quizá de la energía. Por supuesto, dos elementos opuestos como son el fuego y el agua no pueden enfrentarse directamente; sería catastrófico, sin duda. Podría acabar en una acción violenta de los elementos incontrolados del fuego, o en una acción igualmente desastrosa como la de mitigar la llama espiritual con una oleada fría del inconsciente. Antes de que los elementos rojo y azul puedan encontrarse libremente a la luz del día, debe producirse una preparación en el oscuro retiro de la psique. Ésta es la ceremonia que preside el Ángel.

Como en cualquier situación conflictiva, un primer paso creativo hacia la resolución es encontrar un arbitro, alguien cuya sabiduría y comprensión pueda abarcar ambos aspectos. La alada Templanza, que sostiene con igual interés el rojo y el azul, es esta figura. Sus alas nos dicen que es más que humana, es capaz de elevarse por encima de las cosas del mundo. Habita un reino que está más allá del alcance de los mortales. En esta carta no está representada ninguna figura humana, indicándonos con ello que lo que pase aquí, está sucediendo en el inconsciente del héroe, aunque sin el conocimiento ni la participación del ego.

Desde siempre se ha visto a los ángeles como mensajeros alados del cielo, significando psicológicamente con ello que representan la experiencia interior de una naturaleza numinosa que conecta al hombre con el mundo arquetípico del inconsciente. Estas visiones aladas aparecen en nuestras vidas mundanas en un momento crucial, proveyéndonos repentinamente de visiones nuevas, revelándonos nuevas dimensiones de la experiencia.

En las historias bíblicas, los ángeles aparecen tradicionalmente para hacer alguna anunciación o revelación de importancia trascendental. Generalmente, el mensaje de un

ángel importa no sólo al individuo que tiene esta misión, sino también a la colectividad, al grupo. Estas experiencias visionarias marcan dramáticamente giros cruciales, tanto personales como culturales. Alguna vez presagian nacimientos milagrosos (la Anunciación a María) o llamadas de trompeta al renacimiento (como en el Juicio Final, tema que aparecerá más tarde en nuestra serie del Tarot).

El Ángel de la Templanza no se anuncia con cegadoras luces o estruendosos timbales. En vez de eso, está de pie ante nosotros con una presencia permanente. A diferencia del Ángel del Juicio que vemos representado en la carta número veinte, atravesando la barrera que separa lo celestial de lo terrenal para aparecer en el cielo rodeado de un halo de gloria, el Ángel de la Templanza, como señala su nombre, se nos muestra de una manera nada dramática. No hace exhibición ninguna. Está ahí simplemente, absorto en su trabajo de trasvase. Uno siente que este ser alado no ha descendido del cielo otra vez, sino que desde siempre está ahí, en pie, esperando que el héroe se dé cuenta de su presencia. Según una antigua creencia, cada persona viviente, animal y planta, tiene su propio ángel de la guarda. Quizá éste sea el ángel bueno de nuestro héroe. Si trae un mensaje para él, parece que éste esté acompañado por su acción, que dice: «Paciencia-fe. Hay potencias que trabajan en el universo y en ti mismo, y que se encuentran más allá de la experiencia cotidiana. Cree en esas corrientes profundas de la vida y déjate arrastrar con ellas».

Para Meister Eckhart, los ángeles representaban las «ideas de Dios». Según Jung, el ángel personifica el acceso al consciente de algo que está surgiendo de lo más profundo del inconsciente. Definió una vez a los ángeles como «la personificación de los transmisores de los contenidos del inconsciente cuando anuncian que quieren hablar».2 El Ángel de la Templanza, como podemos ver, no se ha pronunciado todavía. Si el héroe desea oír el mensaje del Ángel, probablemente podrá iniciar un diálogo con él. Este diálogo establece una relación viva para la respuesta del «otro» que vive en nosotros.

A este método de escenificar la conexión de uno mismo con la figura interior, que también fue utilizada por los alquimistas, lo llamó Jung «la imaginación activa». Los alquimistas lo llamaron *meditatio*, y Ruland, el lexicógrafo, define la *meditatio* como «un diálogo interior con alguien invisible, también con Dios o con uno mismo, o con el buen ángel que uno mismo tiene».

Después de citar a Ruland, Alian McGlashan añade estas palabras: «También con el ángel oscuro que tenemos dentro».3 Ésta es una observación muy pertinente ya que, como señaló Jung, los ángeles, como los arquetipos, son criaturas de moralidad dudosa. En la carta del Tarot que sigue a ésta, el Diablo, veremos de hecho cara a cara el más dudoso y oscuro de todos ellos, el príncipe Lucifer, el ángel caído.

Del Ángel de la Templanza podemos fiarnos totalmente, puesto que lleva una flor en la frente cuya forma circular compuesta por cinco pétalos nos sugiere un mandala, símbolo de la quintaesencia. Este mandala vivo está situado en el lugar del tercer ojo, tradicionalmente el área de la conciencia suprema y, en términos jungianos, el lugar de la individuación. Las estatuas de Buda siempre muestran alguna señal en su frente; es el signo de la conciencia despierta, el símbolo del doble nacimiento.

A pesar de que el despertar del héroe está todavía enterrado demasiado hondo como para que su mente consciente llegue a alcanzarlo, sin embargo él empieza a entender intuitivamente que también está marcado. Acaba de surgir de su confrontación con la muerte por un doble nacimiento; siente que su propio despertar florece a la nueva vida. Al haber visto a este ser angelical, se siente escogido entre la multitud.

Ser visitado por este ángel es una notable experiencia. El poeta Rilke expresa su experiencia con este ser arquetípico con las siguientes palabras:

¿Quién, habiendo podido vivir su vida en soledad,

no se ha maravillado de que el ángel
le visitara de vez en cuando, dejándole compartir
lo que no se puede dar a la multitud,
a todos los asustados y desconcertados
que entre los lamentos habían dejado perder sus voces?

Este mensaje compensatorio de sanación y unidad descrito por Rilke suele venir hacia nosotros cuando estamos más solos, cuando nuestras vidas (interior y exterior) parecen más distanciadas. Es en estos momentos, cuando el ego se siente inseguro, cuando las figuras del más profundo inconsciente pueden llegar a nuestro nivel de consciencia.

El héroe se encuentra ahora en esta situación. Este momento marca un giro psicológico, como nos lo muestra el hecho de que la Templanza sea la última carta en esta línea horizontal de nuestro mapa, lo cual nos indica que un cambio dinámico está a punto de producirse en el fluir de la libido.

Los temores y visiones interiores que experimentó en su enfrentamiento con el esqueleto de la carta anterior dejaron al héroe con sensaciones de soledad y temblor, desorientación y separación. Ya no puede volver a sus costumbres antiguas, a sus hábitos; la vida que vivió hasta ahora yace en ruinas. Su personalidad consciente está destrozada; aunque el antiguo escudo protector esté irreparablemente dañado, a través de sus varias grietas podrá vislumbrar una nueva luz, una confusa visión de la totalidad que existe en potencia.

Entre los clamorosos gritos de las ideas conflictivas, de los sentimientos y opiniones que se confunden dentro de él, empieza a manifestarse un centro de oculto silencio. Algunas veces, cuando mira con el ojo interior, puede captar los perfiles externos de su ángel de la guarda, tal y como se representa en el Tarot. Algunas veces, cuando escucha intencionadamente, puede oír el suave rumor de sus aguas subterráneas que fluyen de nuevo y sentir sus energías moviéndose y surgiendo a nueva vida. El dominio de la muerte se acabó; ahora puede conseguir una nueva libido.

Ya es tiempo de que esta nueva libido se vierta en un nuevo recipiente. Este cambio no puede quererse ni dirigirse conscientemente. Jung dice: «La energía psíquica es algo muy fastidioso que insiste en el cumplimiento de su propia condición. Sin embargo, sea cual sea la cantidad de energía que se nos presente, no podemos hacerla útil hasta encontrar con éxito su propio nivel».5 Las energías creativas de la vida no las puede dirigir la pura voluntad a cualquier canal consciente que el ego pueda escoger, aunque sean razonables, lógicas y adecuadas, o se lo parezcan a la mente. «La vida puede fluir hacia adelante sólo a través del desnivel natural», como dice Jung. Equilibrar el fluir de los opuestos, de manera que las energías encuentren su propia inclinación, requiere la paciencia y la agudeza de un ángel. Dado que este tipo de transformación se encuentra más allá de nuestro control consciente, es aconsejable que el héroe se aparte de esta representación, confiando en que sea su Ángel el que haga para él y en su nombre esta parte de la Gran Obra.

A cualquier nivel, la reconciliación de los opuestos no es un asunto de lógica ni de razón. Generaciones de hombres han luchado sin éxito por reconciliar la búsqueda de significado, ejemplificada en la religión, con la búsqueda de acción encarnada en la ciencia.

La supuesta dicotomía entre estas dos necesidades básicas del hombre no puede quedar reconciliada mediante el intelecto. Como todos los opuestos, no se pueden reconciliar por lógica, solamente pueden llegar a unirse en el punto de la «experiencia». Esta verdad quedó ilustrada de la manera más elocuente posible por Jung, en una entrevista filmada en la que se le preguntó: «¿Cree usted en Dios?», a lo que él contestó: «Yo no creo, sé».

El Ángel de la Templanza puede personificar esta especie de conocimiento interior que sustituirá cada vez más «las creencias» y «las opiniones» en las respuestas del héroe hacia la vida. Podemos ver en esta carta el comienzo de la era de Acuario en la psique, lo que

conduce al redescubrimiento del hombre y su mundo como una totalidad. En el origen, la palabra «totalidad» (whole) era sinónimo de «pleno» y el verbo «sanar» (heal) significaba llevar a la plenitud. Jung llegó a la conclusión de que la neurosis representa una pérdida de capacidad para la plenitud y la santidad de la experiencia religiosa. En la Templanza se establece de nuevo el contacto con lo numinoso. Aquí encontramos dos vasijas, iguales a los cálices de la comunión y al Santo Grial; tienen poderes mágicos para reunir, contener, preservar y sanar. Este personaje alado por sí mismo nos recuerda una especie de arcángel, ayuda y guía para el héroe en su viaje. Permanecerá a su lado como recuerdo constante de que sus pensamientos, sus energías y sus planes no están totalmente bajo el control de la conciencia.

El líquido que contienen las vasijas del Ángel parece brotar por su propia vitalidad de alguna fuente eterna, como las aguas míticas de las vasijas milagrosas. La trayectoria que siguen los líquidos forma la figura desplegada de un signo de infinito. El más cercano aparece en el sombrero del mago en el primer arcano y nos sugiere un sistema unitario de energía creativa anterior a la separación de los opuestos, el movimiento del uróboros, mordiendo la cola. En la Templanza, el signo de infinito está desplegado de manera que los opuestos se hallan separados y claramente definidos como dos recipientes con el líquido transfiriéndose del más alto al inferior, generando de esta manera un nuevo tipo de energía.

La libido, después de ser revivificada, empieza a fluir en otra dirección. Después de la inmovilidad forzosa del Ahorcado y del cruel desmembramiento de la Muerte, la energía del héroe brota, al igual que la corriente eléctrica, de la tensión alta a la inferior. Una nueva conexión se establece entre la claridad azul cielo del espíritu y el rojo sangre de la realidad humana. Acuario es el signo de la interrelación ideal y se ocupa de la conexión entre el principio perfecto y la forma perfecta. Dado que el Ángel da y recibe en el mismo gesto, crea una nueva relación entre la energía positiva yang y la tranquila receptividad yin. De esta manera une la magia del Mago con su parte opuesta femenina, la Fuerza.

Tanto en el Mago como en la Fuerza, el signo de infinito se representa como un sombrero. Este sombrero es una especie de marca registrada o de insignia de un oficio. Nos indica que los que lo llevan son los custodios de los poderes mágicos y de los talentos divinos que simbolizan. El Ángel de la Templanza no lleva sombrero. Sus poderes divinos están inmersos en él mismo.

Una buena manera de entender el drama de esta carta es contrastarla con el tema de la interacción de los opuestos tal como se representa en otros arcanos. Por ejemplo, en el Carro, que es la carta situada directamente encima de la Templanza en nuestra carta, los opuestos rojo y azul aparecían como dos caballos de tiro enjaezados juntos. Aunque parecieran una absurda pareja, sus riendas, de forma misteriosa e invisible, las llevaba una mano divina. En la Templanza, esta guía divina procede directamente del ángel alado, figura central y única.

El simbolismo de la Templanza es más impersonal y abstracto que el del Carro. Nos ofrece una visión de la situación desde la Perspectiva de la eternidad, poniéndonos en contacto con el reino de Acuario, un reino de conocimiento total, que existe más allá de este mundo de apariencias. Su energía, experimentada anteriormente como dos animales separados, se nos revela ahora como una corriente vital. En el Carro, el trabajo encomendado a la libido era dar impulso al héroe para que avanzara en su viaje; en la Templanza, es la libido misma la que experimenta una transformación. Los opuestos, que se representan al principio del Reino del Equilibrio por los dos platillos de la balanza de la Justicia que se mantenían separados por la barra fija, se nos muestran ahora como dos recipientes, rojo y

azul, para el único fluido del Ser. Se han convertido en formas alternativas que dan forma y contienen el impulso vital.

En el capítulo anterior, la Muerte, que blandía las armas del tiempo, amenazaba cortar la existencia mortal del héroe. El burlesco esqueleto representaba el tiempo en su aspecto más amenazador. Al hacer frente a esta desagradable realidad, el héroe empezó a sentirse elevado hacia un reino que iba más allá del tiempo, a salir de la prisión de la limitación terrenal para dirigirse hacia el mundo de lo eterno. El Ángel establece una conexión entre el mundo de cada día, del tiempo histórico, del «tiempo sagrado», para usar una expresión de Mircea Eliade. Eliade describe este reino como «una especie de presente eterno y mítico que se reintegra periódicamente a través de los mitos».6

En la Templanza, el ritual del trasvase conecta nuevamente al héroe con el mundo sagrado que vislumbró antes como Colgado, pero que acaba de perder. En el futuro, sin duda, habrá momentos en los que de nuevo se sentirá conectado con su Ángel y el mundo de verdades inmortales. Nunca volverá a sentirse totalmente desolado, pues ha experimentado el sonido de sus aguas profundas y ha bautizado sus preocupaciones en la fuente de su energía creativa.

Este ritual no es en absoluto un simple concepto filosófico. La ayuda que el Ángel ofrece es totalmente práctica, vital para la realidad exterior tanto como para el viaje interior. Si tomamos las dos vasijas para representar lo exterior y lo interior, lo consciente y lo inconsciente, el Ángel, con su ritual de trasvase, ayuda al héroe a que reconcilie estos dos aspectos de la vida. Como subraya Jung, cada día surgen necesidades de reconciliar el mundo de nuestros sueños con el de nuestra vida diaria. De no hacerlo así, estos dos mundos podrían irrumpir el uno dentro del otro de la manera más confusa. Cuando el inconsciente irrumpe en nuestra vida exterior, apropiándose, mediante los símbolos de los sueños, de acontecimientos, personas y objetos de nuestra experiencia diaria, amenaza el orden establecido de nuestra cotidianidad. De la misma manera el ego racional, la mente, puede irrumpir en el mundo imaginario del inconsciente dificultando e interrumpiendo su trabajo curativo. Cuando estos dos mundos se mezclan inconscientemente, sin un ángel de la guarda que presida el hecho, nuestras vidas se vuelven confusas y turbias, a menudo con resultados desastrosos. Si tratamos de vivir en el aspecto exterior un drama que pertenece propiamente al interior, el final puede acabar en tragedia. Podríamos, por ejemplo, proyectar el Ángel de la Templanza hacia otra persona conocida encargándole cuidar de nosotros, así como atender nuestros conflictos, problemas, esperanzas y sueños, confiando a este supuesto ser superior que guarde y regule el flujo de nuestra vida. Si así lo hacemos, no hace falta decir que el Ángel de la carta decimocuarta puede transformarse y aparecer sobre nuestra mesa como la carta decimoquinta: el Diablo.

Del mismo modo, es inútil llevar a nuestro mundo interior acontecimientos que pertenecen propiamente a la realidad exterior. Así, por ejemplo, si tenemos un problema con nuestro cónyuge o vecino, es inútil tratarlo solamente a nivel simbólico, dedicando largas horas a anotar diálogos imaginarios con esta persona o bien inventar teorías sobre posibles razones para el comportamiento del otro desde nuestro punto de vista aislado. Aunque algo de introspección es válido, llega un momento en que uno ha de dar un paso hacia la realidad e iniciar un diálogo real, en la vida real, con la persona en cuestión. A menudo, cuando conseguimos el coraje necesario para hacerlo, nos encontramos con que la realidad exterior es mucho menos terrible de lo que habíamos supuesto en nuestro drama interior. Puede incluso suceder que lo que apareció en nuestra imaginación como una tragedia de antagonismos, se convierta de hecho en una comedia de errores.

Así pues, como el Ángel, debemos buscar y encontrar dos vasijas para que contengan nuestros dos mundos, de manera que no se mezclen por equivocación y así, como él lo hace, mantenerlas separadas firmemente. Cuándo y cómo mezclar los contenidos de estas vasijas es algo que sólo se puede aprender por el sistema de prueba y error.

A esta carta decimocuarta también se le ha llamado El Alquimista. La teoría de la alquimia era que toda materia podía ser reducida a una sustancia de la cual, a través de un proceso previo, la base y lo corruptible se podía destilar y separar, de manera que pudiera aparecer lo puro e incorruptible, el oro filosófico. Quizá está empezando a suceder algo similar en lo más profundo de la psique del héroe. Es como si el bosque de la Muerte de conceptos preconcebidos y de modelos de comportamiento (simbolizado por las cabezas, pies y manos esparcidas por el suelo en la carta decimotercera) hubieran quedado reducidos a una sustancia de la cual estuviese tomando forma un nuevo ser físico.

Al Ángel que realiza esta sutil alquimia se le llama con razón Templanza. Templar significa «conducir a un estado deseable por adición o mezcla». Templamos el acero para hacerlo más fuerte y elástico. En principio, templamos la justicia con la misericordia por la misma razón. La Justicia apareció como el primer arcano en el Reino del Equilibrio de nuestro mapa. Es muy útil comparar esta carta con la de la Templanza, la carta final de esta misma hilera. En la Justicia la figura central estaba sentada en un trono, tan rígida e inflexible como la hoja de su espada, los platillos opuestos de su balanza se mantenían separados por una barra igualmente inflexible. Como ya vimos, nos mostraba la ley de los opuestos y cómo estos actuaban unidos de forma complementaria. El instrumento que la Justicia sostenía fue fabricado por el hombre para discriminar y medir. Aunque ella presidía todas las consideraciones morales, se situaba por encima de ellas y no se sentía en absoluto involucrada. Aparecía como una figura alegórica, ni humana ni divina.

La Templanza, aunque es un ser celestial, nos parece más humana que la Justicia. Es un ser alado aunque se mantiene sólidamente en nuestra realidad, participando de los dos reinos, el celestial y el terrenal, conectándolos entre sí. A diferencia de la Justicia, parece estar mucho más comprometida y afectada por el proceso que tiene entre manos. En contraste con la rigidez tipificada por la Justicia y sus balanzas, todo lo concerniente a la Templanza parece tan fluido como el líquido mágico que fluye. El cuerpo del Ángel se mece y fluye en una danza rítmica que se empareja con la ondulación de las aguas. La falda, compuesta por dos piezas, una azul y otra roja, colores que están situados significativamente en oposición a los de las vasijas, nos sugieren que el trasvase de la libido representado aquí es parte de un proceso continuo, una infinita corriente alterna. Es un suceso natural que tiene lugar en el exterior, en un lugar silvestre cuyas plantas verdes recuerdan la vitalidad contenida en las jarras gemelas. El juego de las aguas representado aquí no puede controlarlo ni medirlo el instrumento más refinado de la civilización. La actuación de la Templanza sucede solamente por la gracia de Dios y mediante la administración de los ángeles. Habiendo llegado al final del Reino del Equilibrio, podría resultar provechoso revisar los modelos que propone. Tomada en su totalidad, la fila central de los Arcanos del Tarot nos muestra lo que podría llamarse problemas morales en la filosofía medieval. La Templanza era una de las tres virtudes cardinales: todas ellas aparecen en los Arcanos del Tarot. Aunque la connotación psicológica de esta carta del Tarot nos haya llevado mucho más allá de su significado literal de templanza (que es simplemente moderación), este significado, sin embargo, se halla implícito en todo lo que se ha dicho. La segunda virtud cardinal, la Fortaleza, representada en la Dama y el León de la carta onceava, demostraba el paciente ánimo, la fortaleza moral y la perseverancia vinculadas habitualmente a la Fortaleza. La tercera virtud cardinal, la Prudencia, no está específicamente representada en el Tarot de Marsella, pero, según Moakely,⁷ en algunas

cartas un bailarín llamado Prudencia sustituye al Colgado en algunas barajas. La Prudencia, al parecer, no fue olvidada, fue sencillamente (¿imprudentemente?) colgada boca abajo.

Otra idea que se repite en la fila central de los Arcanos del Tarot es el equilibrio, o sea la compensación de los opuestos. A lo largo de toda esta fila podemos ver continuamente la relación entre la energía masculina y la femenina. La Justicia nos muestra a una mujer, aunque sujetando una espada, lo cual simboliza el Lo-8os masculino. El Ermitaño nos presenta al arquetípico Sabio y Viejo pero, sin embargo, va vestido con los hábitos de la Madre Iglesia. La Rueda de la Fortuna representa la interacción cíclica de todos los opuestos, y sigue a esta carta la Fuerza, en la cual una dama y un león mezclan sus diferentes energías, llegando a una armoniosa simbiosis. A continuación, el Colgado nos muestra a alguien en suspenso entre el cielo y la tierra. En la Muerte, otros opuestos, como el rey y el artesano, el varón y la mujer, han sido cortados a pedazos y sembrados como preparación para la reorganización y reasimilación, un proceso que empieza en la última carta de esta fila: la Templanza.

No en balde, casi toda la acción emprendida en esta fila segunda la preside e inicia una figura femenina; la Justicia, la esfinge de la Rueda de la Fortuna, la Fuerza y la Templanza, todas ellas decididamente femeninas, dominan la acción. El Colgado está en actitud pasiva, incapaz de actuar. Inmovilizado en una especie de ataúd que forman los árboles de la Naturaleza y la tierra, está cautivo de lo femenino. Solamente el Ermitaño y la Muerte (ambos andróginos) representan el principio masculino en acción. El amable Ermitaño, armado solamente con su pequeña lámpara, no inicia acción alguna, simplemente comparte su luz con cualquier cosa que suceda. La Muerte está dibujada en una actitud muy activa pero no es dueña de sí misma; su hoz, con la forma de un creciente, pertenece a la diosa Astarté, la Luna, dueña del tiempo, de las mareas y de los cambios.

Otro principio que hay que descubrir en este Reino del Equilibrio es la manera en que las cartas alternan temas generales y específicos. Primero se nos presenta el problema general, después se amplía e ilustra con ejemplos específicos y su aplicación en modelos alterando su ritmo. En primer lugar, la Justicia representa el dilema moral universal, el problema de determinar y medir la culpa y la inocencia. Después viene el Ermitaño, cuya lámpara ilumina un acercamiento más humano al problema. La carta número diez, la Rueda de la Fortuna, nos lleva de nuevo a lo universal, nos presenta la eterna pregunta sobre el destino versus el libre albedrío: ¿somos, como los animales, seres atrapados en un incesante carrusel de comportamientos instintivos? A manera de respuesta, los dos Arcanos siguientes nos muestran las dos alternativas: primero, la dama con el león, que nos enseña cómo se puede domesticar la naturaleza salvaje y, después, el Colgado, cuyo cuerpo nos parece tan completamente desamparado como los animales de la Rueda de la Fortuna, pero cuyo espíritu es libre de encontrar un significado para el sufrimiento, cosa que no pueden hacer aquellos animales. La carta decimotercera nos devuelve a lo universal, recordándonos que el hombre y los animales son igualmente incapaces de esquivar su encuentro con el esqueleto: la Muerte. Después, la Templanza limpia nuestras percepciones culpables, conectándonos de una manera divina, aunque también humana, con el mundo inmutable que se halla más allá de donde alcanza el tiempo de la guadaña. Al hacerlo así, efectúa una graciosa transición del mundo de los problemas morales al mundo de la iluminación divina, que será el tema expresado en las siete últimas cartas de la serie del Tarot. Incluso para un ángel, el proceso será lento. El trabajo que empieza aquí sólo se consumará al final del viaje del Tarot.

Dado que a la Templanza se la compara con «el Alquimista» es importante subrayar algo de lo ya dicho sobre el antiguo lenguaje de los alquimistas. Al hacerlo, observaremos cuan agudamente este Arcano del Tarot y las cartas que siguen reflejan

el lenguaje simbólico de aquellos pioneros que encontraron los caminos que conducirían hacia la individuación.

En el lenguaje alquímico, el «gluten del águila» y la «sangre del león» se mezclaban en el alambique o «huevo filosofal», exponiéndolos luego al calor. En la Templanza se nos dibuja el principio de esta Gran Obra a la que el Ángel compasivo provee del calor necesario para que dé comienzo el proceso de «cocción». En las dos cartas siguientes (el Diablo y la Torre de la Destrucción) se nos mostrará de qué manera se aplican otros tipos de calor (hablando en términos alquímicos y psicológicos).

La acción del Ángel de la Templanza mientras trabaja con las aguas de la psique del héroe (de naturaleza alquímica) es semejante a la acción del sol. La naturaleza es la alquimista con las aguas de nuestra tierra. El sol hace de nuestro planeta una retorta alquímica, en la cual las aguas del océano se elevan hacia el cielo y, desde allí, una vez destiladas las impurezas, son devueltas a la tierra en forma de lluvia. Este proceso continuo y circular ejemplifica la interrelación natural entre el cielo y la tierra, entre las figuras arquetípicas del inconsciente colectivo y de la realidad del ego del hombre.

La Templanza introduce por primera vez este tipo de discurso fluido entre los reinos del cielo y de la tierra o, hablando psicológicamente, entre el sí-mismo y el ego; un diálogo que va a ser el tema central de todas las cartas de la siguiente fila. Muy significativamente, la Templanza es el único ser alado del Tarot que desciende a la tierra para enfrentarse al hombre cara a cara. El Eros alado que apareció en la carta número seis sólo lo hizo desde el cielo, acechando desde lo invisible para disparar su potente flecha y desaparecer. El hecho de que el ángel de la guarda del héroe le precediera en su realidad terrestre nos indica que él experimenta ahora la realidad del inconsciente de una manera totalmente nueva. Nunca más va a desatender las figuras del mundo interior como criaturas de su imaginación. A pesar de que pueda todavía pensar que «interior» y «exterior» sean dos mundos distintos, sin embargo dará a su mundo interior una validez igual a la que da al mundo exterior. Quizá mientras gana confianza será capaz de moverse hacia su mundo interior y relacionarse más libremente con sus habitantes.

En esta conexión es interesante estudiar el desarrollo del movimiento corporal como lo representan las cartas del Tarot. La fila superior no mostró ningún movimiento recíproco entre cielo y tierra, e incluso el movimiento en el plano horizontal quedó restringido. La mayoría de las figuras están sentadas o erguidas en una postura rígida. Solamente las manos del Mago y el signo de infinito de su sombrero, así como los caballos del Carro, nos dan una idea de acción. En la segunda fila, el movimiento en todas direcciones se convierte en un tema importante; así lo demuestra la carta central, la Rueda de la Fortuna. Aunque esta fila empieza con una figura rígida, la Justicia, y el movimiento mecánico de los platillos de su balanza, la actividad se vuelve más humana en el Ermitaño y la Fuerza, cuyos movimientos nos sugieren, ambos, cierto tipo de danza. La Muerte también está comprometida en una danza. Tan sólo el Colgado permanece inmóvil, pero (como sabemos) en realidad está danzando.

El motivo de la danza es muy importante en el Tarot. La danza es una forma de arte en la cual el cuerpo y el alma actúan de una manera individual y expresiva. Un bailarín llega a los objetos y a los otros seres humanos expresando la relación a nivel terrenal y, alzando los brazos hacia el cielo, invoca a los dioses. Encontramos algunas figuras que bailan en el Tarot. El Loco, por supuesto, lo hace de manera totalmente inconsciente al emprender su feliz viaje. El Colgado, cuya danza es igualmente inconsciente, podría hacernos pensar en el impulsivo Loco que ha fracasado ante las realidades de la vida. A la danza ejecutada por el esqueleto de la Muerte le sigue la danza ritual que la Templanza ejecuta con las aguas vivas. Podríamos pensar que las dos danzas son un único acontecimiento. Si miramos por

un momento a la Muerte y a la Templanza veremos cómo sus cuerpos se inclinan el uno hacia el otro, de manera que llegan a formar una elipse.

Esta elipse es un símbolo para el tipo de intercambio alquímico entre el cielo y la tierra que hemos estado describiendo. Como veremos en los capítulos siguientes, se trata de un tema receptivo en las filas de los Arcanos que culminará en el Mundo, que representa auténticamente a un Bailarín. Si miramos la carta veintiuno, podremos ver cómo el movimiento fluido de esta figura final es casi exactamente como el iniciado por los movimientos del cuerpo de la Templanza. Fijémonos también en cómo la elipse formada por los cuerpos en movimiento de la Templanza y de la Muerte aparecen en el Mundo como una corona elíptica que rodea al Bailarín.

Pero la transición desde la danza de la Templanza hasta la representada en la última carta no se produce de manera ordenada. Como sabemos, la coreografía de la vida no procede con los pasos de la lógica sino que sigue un curso espiral, alternando giros elevados y descensos rápidos.

Empezamos hace mucho con el Ángel Bueno, es tiempo ya de que miremos al Diablo a los ojos. Está esperando unirse a nosotros en la próxima carta.